

LAS CORRIENTES HISTORICO-CULTURALES DEL ORIENTE MEDIO

Ciertamente en estos días nuestro espíritu vive en la angosta del lívido crepúsculo vespertino de una época histórica que agoniza. Los moldes sociales y políticos que se presentaron como definitivamente clásicos y paradigmáticos a nuestros abuelos, parecen hoy como periclitados o en trance de superación. Pero entre todos los aconteceres del actual mundo político internacional, quizá nada tan dramático como la tensión, cada día más áspera y crispada, con que se formula el viejo binomio Oriente-Occidente.

Concretándonos al Oriente Medio, de mayor acceso de convivencia con el Occidente, hemos podido presnciar últimamente el desamarre de los viejos colonialismos, el deshauicio de los más recientes protectorados, pero lo más grave es que al anterior estado de encorsetada unidad ha sucedido, por parte de los orientales, un clima de repudio, de alejamiento, de condena respecto de las viejas metrópolis. Quizá hay que reconocer en este fenómeno, a lo menos vicariamente, la obra de ciertos gérmenes sembrados por la propaganda interesada de las potencias comunistas, por esencia antioccidentales, pero lo cierto es que muchos de los nuevos dirigentes de los Estados del Oriente Medio, por ejemplo, el Pandit Nehru y su segundo Krishna Menon, han sido formados en centros universitarios a la europea, han frecuentado las aulas de la Sorbona, o de Oxford y Cambridge, y de allí han vuelto a sus viejas patrias si bien llenos de admiración por las técnicas científicas e industriales del Occidente, del todo deformados por el materialismo, el agnosticismo, reinantes en amplias zonas del Occidente; muchos de ellos perdieron su fe, heredada de sus mayores, pero a su vez no supieron llenar este vacío y verter un nuevo vino en los viejos odres. Aquella atmósfera, muy técnica e industrial, pero al mismo tiempo muy absorbente y utilitaria, aquel maquinismo hipertrofiado, les pareció segar los senderos inefables del corazón y del espíritu. En ellos no se había operado la ansiada unidad formativa. Por esto, habían regresado a sus lares con un complejo de reacción, de defensa,

contra aquel materialismo agnóstico y prepotente que podía desconocer los más sagrados veneros de la persona humana.

Pero este fracaso del Occidente moderno en saber ganar el corazón del Oriente era aún más rotundo. Recuerdo que ya hace varios lustros, antes de la segunda guerra mundial, hallándome en Jerusalén, me encontré con una joven profesora holandesa, la cual, después de varios años de magisterio en Indonesia, regresaba, por un cierto tiempo, a los Países Bajos. Preguntéle yo por el ambiente cultural de aquellas islas y ella me contestó en un sentido francamente pesimista: confesaba que los holandeses no habían sabido captar el alma de los nativos y ante mi estupefacción por aquel anuncio de fracaso de una nación tan técnica y eficiente como es Holanda, aquella profesora sólo sabía decir: «No nos aman, nos detestan.» Y, claro está que el turismo burgués, plutócrata, tan fastuoso como descreído, que en pleno invierno o en primavera en agraz, emprendía sus periplos hacia El Cairo o Beirut, hasta Bombay y Batavia, no había de contribuir mucho, con la exhibición de su dorada fastuosidad, a la admiración de los valores de Occidente en el alma de los nativos.

¿Es que debemos entregarnos en manos de un negro pesimismo? ¿Habrá un irreductible antagonismo entre Oriente y Occidente? ¿No tiene otra solución este formulado binomio? ¿Ocurrió siempre así en el transcurso de la Historia? Por ello, antes de intentar una respuesta solvente, y a guisa de tanteo, vamos a intentar una rápida sinopsis de la formulación de nuestro binomio Oriente-Occidente, a lo largo de la Historia.

* * *

Hasta hace poco se había creído que el Oriente Medio, desde Egipto a Canaan, al Iraq y la India, no había tenido Prehistoria, que el hombre había alcanzado allí muy pronto las superiores cotas de la Historia; pero hoy día, gracias a las investigaciones de una legión de beneméritos historiadores y arqueólogos¹, estamos asaz informados sobre la Prehistoria del Oriente Medio, sobre la gran unidad que en aquellas remotas edades había entre Oriente y Occidente; sabemos bastante acerca de la analogía de la cultura prehistórica del *Homo Natufianus*, registrado por Miss Garrod, en el Oriente

¹ Recordaré entre los más beneméritos: el cónsul R. Neuville, Miss D. Garrod, el prof. M. Stekelis, Miss K. Kenyon. Se encontrará buena información y bibliografía en las obras de W. F. Albright: *From the Stone Age to Christianity*, Baltimore, 1946 *Archeology and the Religion of Israel*, Baltimore, 1956.

Medio, antes del año 6000 a. de J. C., con el hombre occidental de Cro-Magnon; una gran parte de los restos hoy conocidos del hombre de Neanderthal corresponden a área de ese Medio Oriente, concretamente a Canaán, de modo que no cabe dudar de la gran unidad humana entre el Oriente y el Occidente desde el período paleolítico al calcolítico. Desde luego que las condiciones de una vida sedentaria, agrícola y político-social se anticiparon en el Oriente Medio y que ya en el V o IV milenio a. de J. C. registramos núcleos políticos en los pingües valles del Eufrates y del Tigris, en el Nilo, en el bajo Indo y en el Jordán, concretamente en Jericó. Florecen en la Baja Caldea una serie de ciudades, cabezas de entidades políticas, ligadas entre sí por lazos de anfictionía, y unidos los diferentes núcleos políticos, desde la meseta del Irán al Mar Mediterráneo y a lo largo del Golfo Pérsico, por lazos mercantiles y políticos. Estamos ya en tiempos protohistóricos en el Medio Oriente, frizando ya por entrar en la plenitud de los tiempos históricos. Con tal precocidad el Oriente Medio se adelantó mucho al Occidente, mucho más retrasado en el mejoramiento de sus condiciones de habitación y vida, de modo que ya entonces cabía recoger tal diferencia y plantear el binomio Oriente-Occidente.

Sin embargo, no se pueden olvidar, aun en tal época (a lo largo del II milenio a. de J. C. hasta principios del I milenio a. de J. C.), fuertes corrientes que significaban un fortalecimiento de la primigenia unidad social humana y una superación del binomio diferenciador Oriente-Occidente. Desde las altiplanicies del Elam, del Irán y del Turquestán, hubo diversas migraciones raciales hacia el Sur y hacia el Oeste. Fué la gran expansión de la raza aria o indoeuropea, que pobló parte de Asia y de Europa. A esta entidad etnográfica pertenecían pueblos de tanta significación en la historia del Medio Oriente como el pueblo *hitita*—el heteo de la Vulgata—y el pueblo *horrita*². Y hay que notar que tales pueblos arios se interfirieron profundamente con los viejos habitantes del Medio Oriente, o sea los semitas. Princesas hititas y horritas, como la bella Nefertes, fueron recibidas como reinas del viejo Egipto; y cuando, a mediados del II milenio a. de J. C., tuvieron lugar las grandes invasiones arias de los llamados *Pueblos del Mar*, de tanta trascendencia en los inicios de la historia helénica, también parte de tales pueblos se infiltraron a través del Asia Menor, a todo lo largo de la costa libanesa y cananea.

Otra corriente de unidad superior a través de aquel diferenciado binomio Oriente-Occidente, que ya se planteaba cruda y, a veces, drásticamente, a

² Cf. M. Noth: *Die Welt des Alten Testaments*, pág. 191, s. Berlín, 1953.

finis del milenio II y principios del milenio I a. de J. C., son las grandes navegaciones y periplos colonizadores de los fenicios, desde Biblos a Tiro y Sidón, los cuales no cabían en la estrecha cenefa marítima que les ofrecía el monte Líbano. Estas grandes singladuras de las naves fenicias, las cuales jalonnaron de colonias todo el Mar Mediterráneo, que iniciaron las navegaciones atlánticas desde Bretaña al golfo de Guinea y que ya, hacia el año 1000 antes de J. C., fundaban *Gadir*—el Cádiz actual—en la pequeña isla, después de las columnas de Hércules, arrebujada ante la inmensidad del temido Mar Tenebroso o Atlántico³, representan jalones beneméritos para la vindicación de la unidad superior cultural que separa la antinomia diferencial del binomio Oriente-Occidente.

Pero hay que poner en el haber de Alejandro Magno el logro de cierta unidad política y cultural entre el mundo helenístico y el dilatado ámbito de la vencida monarquía aqueménide. A este título, de beneficiario del mundo persa, Alejandro conquistó gran parte de la India, tendiendo siempre a consolidar tal unidad política con los superiores lazos culturales, con la serie de sabios y artistas que le acompañaron dan fe de ello. Pero, sobre todo, la preclara ciudad de su nombre, Alejandría, es el gran mojón, el supremo faro que irradió sus luces sobre esta ansiada unidad cultural entre Oriente y Occidente. Alejandría fué la verdadera auténtica confluencia del Oriente y del Occidente. Gentes orientales se expresaron en lengua occidental, el griego; conceptos, sentimientos y tendencias de vieja solera oriental: ya religiosa, ya científica, literaria o mística, se vertieron magníficamente en la clara lengua de la Hélade, hermana mayor del latín, del celta y del germano, fuentes de los posteriores hablars occidentales. Fué una ósmosis felicísima, un ingerto generoso y en tal cuna pudieran nacer las ciencias, definitiva y específicamente formadas, por ejemplo, las Matemáticas, la Astronomía, la Medicina, las que luego debían ser la herencia del Oriente y del Occidente. La antigua Alejandría fué el arquetipo de la feliz solución del binomio, hoy tan inquietante, de Oriente-Occidente⁴.

El sueño cultural de la herencia de Alejandro Magno no supo ser continuada por la Roma de los Césares: si bien respetó en su ámbito imperial el prestigio de la cultura alejandrina, pero sin adentrarse en la misma, no pudo menos que reconocer un *limes* de su imperio occidental, *limes* que casi

³ Actualmente la antigua Gadir o Cádiz, la ciudad más antigua de Europa, se prepara para celebrar su III milenio de existencia.

⁴ Cf. G. Sarton: *Introduction to History of Science*, vol. I, Baltimore, 1927, y mis *Estudios sobre Historia de la Ciencia española*, Barcelona, 1949.

se confundía con la cenefa occidental del gran desierto siro-arábigo. Más allá de dicho *limes* velaban otra cultura y otras armas de signo francamente oriental: los partos, o sea, los Arsácidas, y luego los Sasánidas, los que cultivaron las viejas tradiciones religiosas y culturales del Irán, fronterizo de la India. Y cuando Constantino, consciente de la importancia de esta parte oriental, fundó Constantinopla, a modo de otra Alejandría, ya era algo tarde, la misma Bizancio imperial fué bastante orientalizada y el mismo Occidente cesáreo se escindió ya definitivamente.

Bajo este signo oscilante, el Medio Oriente semítico, desde Siria, por el Líbano y Palestina, a Egipto, a pesar de que estuvo intensamente helenizado, sufrió hacia el siglo V y VI un proceso de *deshelenización* progresiva, de palingenesia de las viejas lenguas semíticas, como vehículos de cultura: el siríaco, el arameo, el copto, y esta emancipación respecto del griego, preparó el grande y rápido auge de la lengua árabe⁵. Esta fricción, por no decir oposición, que se sentía en todo el Medio Oriente, incluso en el Oriente cristiano, respecto de Bizancio imperial, explica el fulminante progreso del Islam, que polarizó entonces, política y culturalmente, el Oriente Medio frente al Occidente.

Pero sería erróneo considerar el frente islámico—polo que fué del Oriente Medio durante siglos—como específicamente opuesto a las esencias occidentales. Primeramente, la religión coránica es como una hijuela de la Biblia, se presenta como la perfección, la clave de la bóveda, de la posición bíblica; su dios *Allah* es el *Eloah* bíblico, su moral es muy semejante a la bíblica, se otorga un carácter casi divino—el Espíritu, la Palabra de Dios—a Jesucristo, se venera profundamente a múltiples Patriarcas, Profetas y Santos del Antiguo y Nuevo Testamento. La plegaria se dirigía primeramente mirando hacia Jerusalén, la Ciudad Santa (*al-Quds*). Pero Mahoma vino a minimizar el mensaje de la Biblia. No captó la importancia de la elección de Israel, la trascendencia redentora del Mesías, con el que se sublimaría la función redentora de Israel a la faz de todas las naciones; la misma moral coránica, al par de su dogmática, quedó como minimizada al servicio de la mentalidad simple del beduino. El Islam habría sido, en parte, como dijo Renan, «la herejía cristiana del desierto».

En cambio, culturalmente, el Islam supo ser más sensible que no lo fué la Roma cesárea, respecto a la cultura alejandrina, la que supo recoger de

⁵ Cf. la obra de H. Geon: *Les Catégories d'Aristote dans les versions syro-arabes*, pág. 8 y sgs. Beirut, 1948.

manos de sus epígonos y continuadores cristianos⁶ y, además, supo acrecentarla con las beneméritas aportaciones de las viejas culturas iránica e hindica. Y, al mismo tiempo, supo hacer honor al espíritu metodológico, de experimentación y especialización, instaurado con la cultura alejandrina⁷, propulsando, sobre todo en la Bagdad de los Abbasíes, verdadera «Casa de las Ciencias» (*Dar al-ulum*), un clima de observación y experimentación: se observaron cuidadosamente los ignotos movimientos de los astros y se lograron unas constantes matemáticas más exactas para la oblicuidad de la eclíptica, para el movimiento de precesión de los equinoccios; se midió esmeradamente, en la gran llanura mesopotámica, la equivalencia de un grado de meridiano; se emplearon fórmulas trigonométricas magníficas, desconocidas a los alejandrinos, para traducir matemáticamente los más complicados problemas astronómicos. La magnífica artesanía oriental se sublimó en la construcción de admirables instrumentos astronómicos; altrolabios planos o esféricos, cuadrantes, mapas celestes. etc. Y en el terreno de las ciencias naturales: la botánica, la geopónica, la medicina, la alquimia, ¡cómo se completa magníficamente el conocimiento de las propiedades de los simples y de las plantas!; se observaba y se experimentaba en Huertas Reales, a modo de jardines botánicos, de modo que en Bagdad, en Jwārizm, en El Cairo y en la Córdoba de los Califas occidentales, hubo un verdadero clima de ciencia, heredero de la tradición científica de Alejandría, del Irán y de la India, clima científico que luego sería vinculado íntegramente al Occidente cristiano, a través de las traducciones operadas en Barcelona, en Toledo y en Sicilia. De modo que tampoco desde el ángulo científico hay oposición entre el Medio Oriente islámico y el Occidente y se salvó en bien el binomio Oriente-Occidente. Y prueba de ello son los contactos estrechos—los llamados por Pyrene «polígonos de fuerzas»—entre la Bagdad abbasí y el París de los carolingios, y entre la Bizancio de Constantino VII Porfirogennetos y la Córdoba califal de Abd al Rahmán III.

* * *

La fisura u oposición verdadera en nuestro binomio Oriente-Occidente se abrió después de las extremosidades alocadas del sultán fatimí Hakam, me-

⁶ Fueron cristianos: nestorianos o monofisitas, los que tradujeron al siríaco y al árabe la mayor parte del legado científico griego y ellos fueron los verdaderos iniciadores científicos de los musulmanes.

⁷ Cf. las mencionadas obras de G. Sarton y la mía: *Estudios sobre Historia...*, páginas 1 y sigs.

didadas que provocaron el levantamiento de Occidente con las Cruzadas. Por otra parte, la influencia seldjucida en la Bagdad abbasí tampoco facilitó la política de contactos con el Occidente, y así fué profundizando más y más aquella sima o brecha que se abría entre el Medio Oriente y el Occidente. Al fin, gracias a la impotencia del Occidente frente a la expansión turca, cayó Bizancio en 1453 y, luego, con los grandes sultanes Solimán el Magnífico y Selim II, cayó gran parte del Medio Oriente, incluso Palestina y el Egipto. Después, casi todo el Mar Mediterráneo, el *Mare Nostrum*, el mar de la Romanidad, fué casi un lago de los piratas berberiscos y corsarios turcos, que acabaron con las dinastías musulmanas pro-occidentales que había en el Norte de Africa ⁸.

Pero esta misma eclusión de relaciones impuesta por el dominio turco, incitó al mayor acercamiento del Occidente con el gran subcontinente indostánico, cuando a fines del siglo xv, en la Era de los grandes Descubrimientos oceánicos, Vasco de Gama logró abrir un camino nuevo para la India, doblando el Cabo de Buena Esperanza y saltando desde Malinde hacia la costa del Malabar. Así empezó la época del Colonialismo en el Medio Oriente, en sus sucesivas etapas: el Colonialismo portugués, el holandés y el británico, período colonialista que hoy se juzga con profunda acrimonia y animadversión, como piedra de escándalo, pero que no dejó de cumplir algunos fines: la elevación moral y social de multitud de indígenas y el posibilitarles fórmulas de vida de un nivel superior al que les deparaba el propio sistema político indígena, el sistema de los Rajas y Maharajas, asentado sobre el criterio de las castas, el de las metempsícosis y de las sucesivas encarnaciones y avatares divinos. Pero no puede negarse que en el sistema del colonialismo hubo, a veces, sobre todo por parte de los protestantes y anglicanos, un cierto desinterés por los problemas morales y espirituales y, en cambio, un centro de subido interés por las realizaciones mercantiles y los logros financieros.

En todo caso, se llegó a un punto muerto, a una especie de interno desconocimiento mutuo, representado por el grito pesimista de R. Kipling, al decir que «el Oriente es el Oriente y el Occidente es el Occidente y que ambos son a modo de dos hermanos que nunca podrán entenderse». En frente de esta postura tan pesimista, hay la de tantos y tantos misioneros cristianos, apóstoles de una ansiada mayor unidad de los espíritus; y aún tenemos el admirable testimonio del gran poeta Rabindranath Tagore, tan imbuído de educa-

⁸ Desde los descendientes de las dinastías Hafsíes en Túnez hasta los Mamelucos en Egipto.

ción cristiana⁹, quien, a pesar de dolerse del materialismo invasor de la vida moderna, no dudó en felicitarse del día en que el Occidente y el Oriente se acercaron y convivieron.

Hoy día, después de la segunda guerra mundial, cuando se han reintegrado a la plena soberanía política tantos países del Medio Oriente, mientras los espíritus están como crispados ante las actuales dificultades sociales y económicas, y algunas mentes parecen demasiado proclives a condenar al Occidente y en ahondar desesperadamente la fisura del binomio Oriente-Occidente, creemos un deber reivindicar la oportunidad del *Proyecto Mayor Oriente-Occidente* que patrocina la UNESCO, con el designio—según reiteradas palabras de su actual Presidente, señor V. Veronese¹⁰—de lograr una ansiada y más eficiente plenitud de información, como propedéutica a una mayor unidad de espíritus en una ecuménica convivencia.

Nos permitiremos fijarnos particularmente, a título de especímenes, en las más destacadas actividades culturales de algunos de estos países del Oriente Medio: Israel, Egipto y la India, y en ellos veremos cómo una variable gradación de designios y orientaciones.

El joven y minúsculo Estado de Israel, a pesar de vivir solo a título de un precario armisticio con sus vecinos árabes, y de estar fuertemente hipotecado a las necesidades de su defensa política, se esfuerza estrenuamente en los quehaceres de la cultura, tanto la cultura de signo altamente espiritualista, religiosa, arqueológica, humanística, como en la propiamente de ciencias experimentales. La magnífica y novísima Universidad de Jerusalén es un alto exponente de ello y lo mismo la serie de revistas, enciclopedias, monografías en hebreo que sus prensas publican a un ritmo progresivo. Los estudios bíblicos, los relativos a los recientes descubrimientos de Qumrán, de tan relevante interés para la comprensión del medio ambiente espiritual y religioso en los siglos inmediatos a Jesucristo, las sucesivas excavaciones prehistóricas y de antiguos lugares bíblicos, el descubrimiento de magníficos mosaicos, de estilo orientalizante, desde Cesárea a Tabga, los estudios sobre la civilización hispano hebráica y la cultura sefardí, los Congresos que se

⁹ Cf. nuestro estudio: «La influencia cristiana en Rabindranath Tagore», en la revista *Punta Europa*, núm. 63, págs. 25 y sgs. Madrid, 1961.

¹⁰ Cf. la revista de la UNESCO, *Oriente-Occidente* («News of UNESCO's Major Project on mutual appreciation of Eastern and Western Cultural Values»), vol. III, número 2, abril 1960, págs. 3-7. Conviene también recordar el discurso de S. E. Dr. S. Radhakrishnan en el Simposio de UNESCO en 1951 y la Conferencia de Tokio en 1956, en la que se preparó el *Major Project*.

sucedan en Israel, todo ello nos habla de un denso clima humanista actual. Y lo mismo cabría decir en el terreno de las ciencias experimentales, sobre todo en el Instituto Weizman de Rehobot, con las investigaciones atómicas, su producción de isótopos, o en la Facultad de Medicina con sus estudios de hormonas, o en el Centro de Berseba, sobre aprovechamientos de los rayos solares, la desalinización del agua del mar, sobre agricultura de suelos áridos. En tales estudios Israel se beneficia tanto de la UNESCO como de diversos GRANTS de Norteamérica, y asimismo procura relacionarse, ayudándolos, con diversos jóvenes países subdesarrollados de Asia y Africa. Por tanto, en Israel se respira un auténtico ambiente que consueña con el día de la cultura y educación occidental.

El viejo Egipto, gobernado hoy por el dinámico *rais* Gamal Abd al-Nasser se encuentra en vías de remozamiento e invención. Seguramente entre todos los países musulmanes ya era Egipto el que iba en cabeza en cuanto a la cultura, aunque, a veces, sus instrumentos eran árabes cristianos libaneses o bien siríacos e iraquíes; las prensas árabes de El Cairo son las que proveen de libros religiosos, técnicos, filosóficos, a gran parte del mundo musulmán, desde Indonesia a Marruecos. Al lado de la vieja Universidad del Azhar, que era como la sede de la ciencia ortodoxa y tradicional, visitada por millares de alumnos, desde el Oriente al Occidente islámicos, hay actualmente otras dos Universidades en El Cairo, una de ellas en la novísima Heliópolis, ambas ya del todo abiertas a las nuevas ciencias de signo occidental.

Al lado de estas Universidades, hay que contar, tanto en El Cairo como en Alejandría, una serie de Institutos, Centros culturales, de carácter particular, a menudo de signo religioso cristiano. Entre ellos bien merece destacarse el *Institut Dominicain d'Etudes Orientales du Caire*, que desde los altos del barrio de Abbasie, en la moderna calle de *Masnaa at-tarabich*, irradia una tan simpática atracción para todos los estudiosos, ya musulmanes, ya cristianos. Sus *Mélanges*¹¹ cumplen un magnífico cometido de información de temas científicos, humanistas, árabes, así como ofrecen quizá el mejor conspecto de crítica bibliográfica del inmenso ámbito cultural árabe. Junto a los celebrados Museos del viejo Cairo, sin cesar acrecentados, incluso con la especializada cooperación de egiptólogos nativos, debemos subrayar los grandes esfuerzos hechos hoy día, con la colaboración de muchos Estados de Occidente, para la salvación de los templos del Alto Egipto, amenazados por la anegación de la presa de Assuán que se está construyendo.

¹¹ Cf. particularmente el último y denso vol. VI, 1959-61.

También hemos de mencionar la ayuda de la UNESCO para el funcionamiento de un Centro de catalogación, en una gran filmoteca, de la ingente riqueza de manuscritos árabes, en cuya dirección está ahora el Prof. Al-Ahwaní, tan benemérito por sus estudios sobre temas de la cultura hispano-árabe. Tampoco podemos olvidarnos de mencionar, como muestra de un bello abrazo de Oriente y Occidente, el *Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*, en Madrid, con su excelente *Revista*, dirigida por el Dr. H. Mones, asistido por el Dr. M. Makki, y con una serie de valiosas publicaciones, entre las que hemos de destacar la del fecundo Prof. A. Badawi, sobre la edición del texto árabe original de nuestros *Bocados de Oro*, tan influyentes en la Edad Media.

En cuanto a la India, último término de comparación, y en donde pudimos invertir últimamente un cierto período de tiempo para documentación, no pueden desconocerse los grandes esfuerzos hechos por el Gobierno Central de New Delhi para la revalorización del país en todos los órdenes, desde el cultural, humanista, hasta el económico-social¹². El alineamiento y planificación de la Nueva Delhi parece un símbolo de tal designio. El Gobierno Central de la India no se cansa de procurar la elevación del nivel cultural y económico de este país, que antes, en manos de los riquísimos Maharajas y Rajas, dormitaba en una pobreza extremada. De modo que el número de Universidades que funcionan hoy día en la India llega a cuarenta y algunas de ellas con una subida matrícula de estudiantes. Esto, amén de un gran número de Residencias Universitarias y Colegios Superiores, algunos de ellos, por cierto, católicos, según registraremos más detenidamente.

Ahora está la India en el segundo Plan quinquenal y en él están proyectadas nada menos que unas 190 presas y saltos de agua, algunas de la gran importancia de la presa de Oriso; así se esperaba, a fines del año 1961, o sea, al fin del segundo Plan quinquenal, disponer de un aumento de treinta y cinco millones de acres. Los proyectos son numerosos y de envergadura; con la presa de Banhera, de 740 pies de altura, se pretende poder regar un día las tierras desérticas del Rajasthán.

En la India, aún más que en España, se impone conservar el agua de las lluvias, porque en la India suele llover únicamente en la época de los monzones, de junio o julio a septiembre, y la enorme cantidad de agua que entonces cae se pierde inútilmente y la tierra queda durante los otros nueve meses

¹² En mi reciente obra *Aproximaciones al Oriente Medio*, Madrid, 1962, me detengo más largamente en este tema.

huérfana de agua. Los grandes cultivos de algodón y de arroz del Sur y Este de la India podrán incrementarse en gran manera gracias a estos regadíos.

Con el gran incremento de producción eléctrica se proyectan nuevas plantas de altos hornos, que habrán de rendir unos cuatro millones de toneladas anuales. Asimismo, se han proyectado otras tres fábricas de fertilizantes para ayudar más y más a la agricultura, y es grande el número de factorías, desde fabricación de locomotoras a cables de teléfonos, que se están construyendo. Los laboratorios de las Universidades y de las Escuelas Técnicas ayudan a esta gran tarea de puesta en valor de la nueva India.

No hay que disimular que el concurso del capital extranjero es grande en la India y hay que destacar la gran aportación de la industria alemana—de la Alemania occidental—, como, por ejemplo, de las empresas AEG, de la Siemens, así como también es grande la aportación de empresas canadienses, francesas, etc. En estos tiempos de nacionalizaciones por parte de algunos países, el Gobierno de la India no se cansa de invitar a nuevas inversiones de capital extranjero y da toda clase de garantías para asegurar la rentabilidad de las inversiones extranjeras realizadas.

Un índice admirable de este joven ambiente de remozamiento económico y cultural de la vieja India es el hecho de que en Bombay, órgano de vanguardia del renacer cultural y económico del país, se ha levantado una Central térmica de la mayor ambición. En la vecina población de Trombay, a unos treinta kilómetros de la capital, funciona el primer reactor atómico de Asia, desde el año 1956. Pero la inauguración solemne se hizo a principios del año 1961. Allí hay un equipo de más de ochocientos técnicos, indios casi todos ellos, con la colaboración de algunos extranjeros canadienses. Es con un legítimo orgullo que estos jóvenes técnicos indios reivindican su casi exclusiva aportación en el magno designio, si bien no puede disimularse la generosa colaboración que los técnicos y la industria canadiense han prestado y prestan a la gran obra.

En todo este frente cultural y técnico que se plantea valientemente en la India moderna no podríamos silenciar la gran importancia del frente católico, singularmente el propulsado por la Compañía de Jesús, desde Bombay a Calcuta. Es impresionante el número y calidad de los Colegios y Centros Universitarios, o ya *High Schools* que alinea en la trepidante Bombay, centros de estudios filológicos e históricos, o bien pedagógicos y aun técnicos. El prestigio que alcanzan es grande a lo largo del inmenso país. Sus cursos sus publicaciones van en cabeza. Mencionemos en el *St. Xavier's College* de Bombay, el *Heras Institute of Indian History and Culture*, dirigido por

el P. Dr. A. Esteller, tan benemérito por sus estudios sobre el ritmo y rima de los antiguos Vedas; el Museo etnográfico que alberga dicho *St. Xavier's College* es de sumo interés, y ha sido la obra de toda una vida de misionero del P. E. Heras, tan denodado estudioso de la ignota cultura proto-índica de Mohenjo-Daro¹³. En la serie de *Studies in Indian History and Culture*, publicado por dicho *Heras Institute*, hemos de mencionar el bello estudio del P. John Correia-Afonso, con prólogo de Ch. Dawson, sobre *The soul of Modern India*¹⁴, en el cual se estudia el debatido problema de la espiritualidad del alma índice, problema desorbitado, tanto por orientales como por occidentales; y que, en todo caso, viene a suponer una contención contra los designios de un sincretismo religioso propugnado por Radhakrisnan. El actual Gobierno Cingalés, que había prohibido la enseñanza a los religiosos, ha vuelto rápidamente sobre sus pasos. Todo este ingente esfuerzo misionero cultural ha de lograr, a la larga, la rehabilitación de la solera y contenido espirituales de la civilización occidental, cosa tan ansiada por nuestro querido amigo Rdo. R. Paniker¹⁵, y habrá de suponer, al mismo tiempo que la puesta en valor del inmenso subcontinente indostánico, la promesa de una mayor y feliz convivencia del Oriente y el Occidente, cumpliéndose el generoso ideal del gran místico Rabindranath Tagore.

José M.^a MILLAS VALLICROSA

• ¹³ Incluso en España hizo alumnos y colaboradores en este designio, como es el caso del malogrado y dotadísimo joven Licenciado en Filosofía y Letras don Jorge Quintana, autor de la obra *Aportaciones a la interpretación de la escritura proto-índica*. Madrid-Barcelona, 1946 (C. S. I. C., Instituto Arias Montano).

¹⁴ Bombay, 1960.

¹⁵ Cf. su obra: *La India: Gente, Cultura y Creencias*. Madrid, 1960.